

Educación: descomunal aspiración

Andoni Garritz Ruiz

DIEZ AÑOS DE EDUCACIÓN QUÍMICA

FESTEJOS DE ANIVERSARIO:

Nos acercamos a la aparición del primer ejemplar del volumen DIEZ de esta revista. El primer número de nuestra publicación salió a la luz en julio de 1989, así que próximamente habremos llegado a la nada despreciable edad de diez años.

Los Consejos Editoriales nacional e internacional tienen prevista celebrar este acontecimiento mediante la inserción durante varios números de una SECCIÓN DE ANIVERSARIO. A partir de enero de 1999 veremos aparecer en ella los artículos invitados que educadores e investigadores de más de diez países están elaborando para colaborar en este festejo.

La educación no es quizás un efecto de la civilización, sino todo lo contrario. No es tanto la sociedad la que ha inventado la educación, sino que el afán de educar es el que ha creado finalmente a la sociedad humana, al reforzar los vínculos afectivos entre los individuos más allá del ámbito familiar.

Dice Octavi Fullat, filósofo catalán, que la educación nos hace humanos. Recibimos mediante la herencia toda una serie de instintos, rutinas y condicionamientos, pero en nuestra especie el desarrollo ulterior del cerebro, durante el proceso denominado neotenia, juega un papel fundamental en el comportamiento humano. Las conexiones sinápticas, así como la estructura y la fisiología misma del cerebro se transforman conforme un ser humano crece envuelto en vivencias que nada tiene que ver con sus genes, sino más bien con los variados aspectos de su ambiente social. Es como si los humanos nacióramos demasiado pronto, "sin haber cuajado del todo", como esos productos precocinados que aún requieren unos minutos dentro del horno de microondas para ser paladeados.

El periodo de la neotenia es de una gran plasticidad. Se aprende de todo y para siempre, entre otras cuestiones un lenguaje para comunicarnos con otros seres de la especie. La educación nos transforma no sólo intelectualmente, sino que tiene impacto en lo que comemos, en nuestros hábitos de organización y aseo, en nuestra manera de entender el mundo, en fin, en todo lo que será nuestra vida futura.

El periodo de aprendizaje dura toda la vida,

deteriorándose tal vez progresivamente nuestra capacidad de aprender conforme transcurren los años. Lo curioso es que en la etapa temprana no somos nosotros finalmente los que decidimos qué aprender, esto se nos "impone". Más tarde somos dueños de las decisiones en cuanto a lo que nos interesa seguir aprendiendo, aunque ya estamos para entonces un poco "contaminados" por el mismo proceso educativo previo.

En el diseño de propósitos para este fenómeno que llamamos "educar" tenemos una amplia gama entre los que seleccionar. Hay muchas preguntas que responderse. Tomo algunas de las que plantea Savater en *El valor de educar*.

- ¿Debe la educación preparar aptos competidores para el mercado laboral o formar hombres completos?
- ¿La educación ha de potenciar la autonomía de cada individuo, a menudo crítica y disidente, o la cohesión social?
- ¿Debe desarrollar la originalidad innovadora o mantener la identidad del grupo?
- ¿Atenderá a la eficacia práctica o apostará por el riesgo creador?
- ¿Reproducirá el orden existente o instruirá a los rebeldes que pueden derrocarlo?
- ¿Mantendrá una escrupulosa neutralidad ante la pluralidad de opciones ideológicas, religiosas, sexuales y otras diferentes formas de vida (drogas, televisión, polimorfismo estético...) o se decanta-

rá por razonar lo preferible y proponer modelos de excelencia?

- ¿Hay obligación de educar a todo el mundo de igual modo o debe haber diferentes tipos de educación, según la clientela a la que se dirijan?
- ¿Es la obligación de educar un asunto público o más bien cuestión privada de cada cual?

Entre tal diversidad de alternativas contrapuestas hay que decidir sobre la mejor manera de llevar a cabo la educación de nuestra descendencia, con todo y los prejuicios que llevamos colocados dentro de nuestras cabezas, los cuales son producto a su vez de lo que haya sido nuestra propia educación. Ante tales disyuntivas tan fundamentales, cuando nos toca encabezar la educación de los hijos empezamos a temblar y a dar tumbos, pero por lo menos deseamos que se respeten nuestras decisiones y, en el futuro, que nuestros hijos sean felices, aunque las compartan o no, aunque las apliquen a su propia progenie o no. En ese proceso siempre nos quedan dudas de que hayamos acertado, si es que de acertar se trata.

En el proceso educativo, como padres o maestros, intentamos transmitir a los alumnos lo que consideramos que constituye nuestra cultura, eso que podríamos definir como lo que "el hombre añade al hombre", aquello que la sociedad "sabe, cree, hace y comparte", pero siempre lo hacemos con un sesgo muy personal (o muy social) que involucra cierto condicionamiento. De esta manera, la importancia de la reflexión educativa se reduce a decidir sobre el mejor modo de llevar a cabo tal condicionamiento, pues no cabe duda que educar es condicionar.

Pero poco a poco surge una conciencia individual en ese niño motivo de nuestras reflexiones. Dicha conciencia se vuelve diferente, de alguna manera, a la de quienes decidieron inicialmente sobre su educación. Paulatinamente el aprendiz asigna significados a las cosas y a los hechos, significados que de alguna manera le deben ir dejando satisfecho, al construir su propia forma de ser y de actuar. Así, educar se convierte en echar a andar el péndulo de la contradicción entre "lo que quieren que yo sea" y "lo que yo quiero ser". Lo que surge al revelarse esta contradicción es un sujeto nuevo, nunca contemplado por los ancestros o los más viejos pobladores del planeta, un ser único que ha desarrollado su propia capacidad de decidir sobre su propia vida.

Esta descomunal aspiración de educar nos mantiene entretenidos a padres y educadores durante

toda nuestra vida y nos proporciona un maravilloso pretexto para reflexionar sobre las pretensiones de la vida humana, nada menos. Sometidos a la contradicción entre "guiar" y "formar seres libres" nos debatimos cotidianamente entre sentimientos que contrastan y nos trastornan. No sabremos nunca si nuestros objetivos educativos hacían sentido para los individuos que formamos, y por lo tanto si tuvimos éxito completo, parcial o nulo. Lo que nos queda es no detener nuestra reflexión crítica, pues el educador que diga haber encontrado la verdad seguro es que está equivocado, pues tal cosa como "la verdad" me parece que no existe. ■

¡NO DEJES QUE VENZA TU SUSCRIPCIÓN SIN HABERLA RENOVADO MÁS TIEMPO!

En este número hemos incorporado una carta para aquellos suscriptores cuya suscripción vence en 1998. La renovación tiene ahora un costo superior, debido al carácter bimestral de la revista. Ha vencido ya el periodo de oferta en que mantuvimos el precio anterior para la suscripción a 1999. Una buena cantidad de suscriptores la aprovecharon. Los lectores tendrán que disculparnos por esta alza, pero es el único camino que nos queda para mantener la nueva periodicidad sin poner en riesgo nuestra publicación. La suscripción internacional ha sufrido una elevación mayor, debido a que la hemos mantenido constante desde 1989, pero se mantendrá en este costo durante unos cinco años. La elevación de la suscripción nacional es más moderada por el momento, pero será necesario volver a incrementarla a finales de 1999.

Gracias por tu interés en Educación Química.